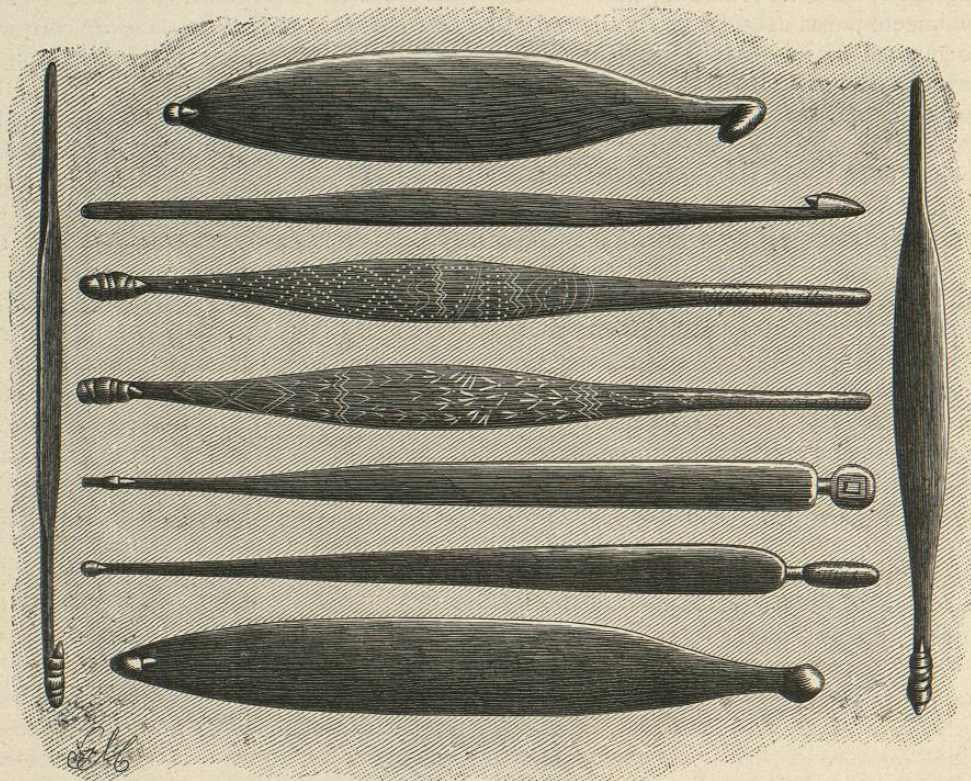


tadas no las hay, pero se consigue cierta pulimentación frotando dos planchas dentro del agua.

Los escudos de los australianos sirven más para defender la mano y para parar los golpes que para cubrir el cuerpo, pues por regla general son más altos que anchos y además tienen forma de quilla: por su forma recuerdan á los escudos de que se sirven los africanos para parar los golpes. En ellos se ven las líneas uniformes sesgadas y onduladas que tan peculiares son de los adornos de los australianos. Los mejores escudos se encuentran en las regiones septentrionales: al Norte de Queenslandia aparecen con formas



Womera, planchas de madera lanzadoras de los australianos (Museo para Etnografía, Berlín; y Museo Británico, Londres) $\frac{1}{8}$ de su verdadero tamaño

La cuestión de si la carencia del arco y de las flechas ha dificultado á los indígenas la caza y la guerra puede resolverse afirmativamente, tanto más cuanto que aquéllos han procurado reemplazar estas armas con otros proyectiles como mazas arrojadas, bumerang y las lanzas arrojadas por medio de las planchas lanzadoras, aunque sin conseguir un efecto completo. La caza de los pequeños animales que no entran en los límites de la lanza es para los australianos tanto más difícil, dada la falta del arco, cuanto que con el bumerang y la lanza arrojada no hacen los blancos con la misma seguridad que podrían hacerlos con las flechas. En la guerra, la necesidad de apelar inmediatamente á la lanza exige una violencia que puede evitarse con el arco que alcanza á mayor distancia y que inicia las batallas con un «fuego de tiradores.»

La construcción de chozas de los australianos ha de ser necesariamente muy imperfecta dado el carácter de nomadismo que acusa la vida de la mayor parte de las tribus y guarda relación con el mayor ó menor grado del mismo, de suerte que está á mayor altura en el Norte que en el Sud. Ya Flinders hizo notar que en la bahía de Moreton las chozas eran mejores y la agrupación de indígenas en comunidades más extensa y perfecta que en los territorios más me-

ridionales. Esta gradación puede considerarse como regla general. Pobres son las cabañas de las tribus costaneras del Sud que, en la costa del golfo Spencer, se contentan en verano con clavar en el suelo un par de ramas que las protejan del viento y en invierno construyen chozas en forma de nichos cubriéndolas á veces con cortezas. Delante de la cabaña arde constantemente una hoguera en la cual los habitantes de la misma se calientan los pies. Cada familia cuando se establece durante las emigraciones el campamento, lo primero que hace es encender fuego, después de lo cual construye, si la cree necesaria, la choza, de modo que el fuego es más importante que la cabaña y constituye el verdadero centro de la vida y del movimiento de la familia, siendo digno de notarse que la palabra *wurlie* significa entre los australianos en primer lugar fuego y en segundo choza ó vivienda. Las mismas paredes para abrigarse contra las inclemencias del tiempo encontramos en la bahía de Roebuck, en donde también con frecuencia se practica un agujero en el suelo capaz para dos hombres, que se cubre con una especie de tapadera colocada oblicuamente. Los que peor viven son los indígenas de Nueva Gales del Sud, que las más de las veces carecen de choza y que cuando hace humedad ó frío tienen simplemente una pared insuficiente de ramas entrelazadas, cuando no se meten en

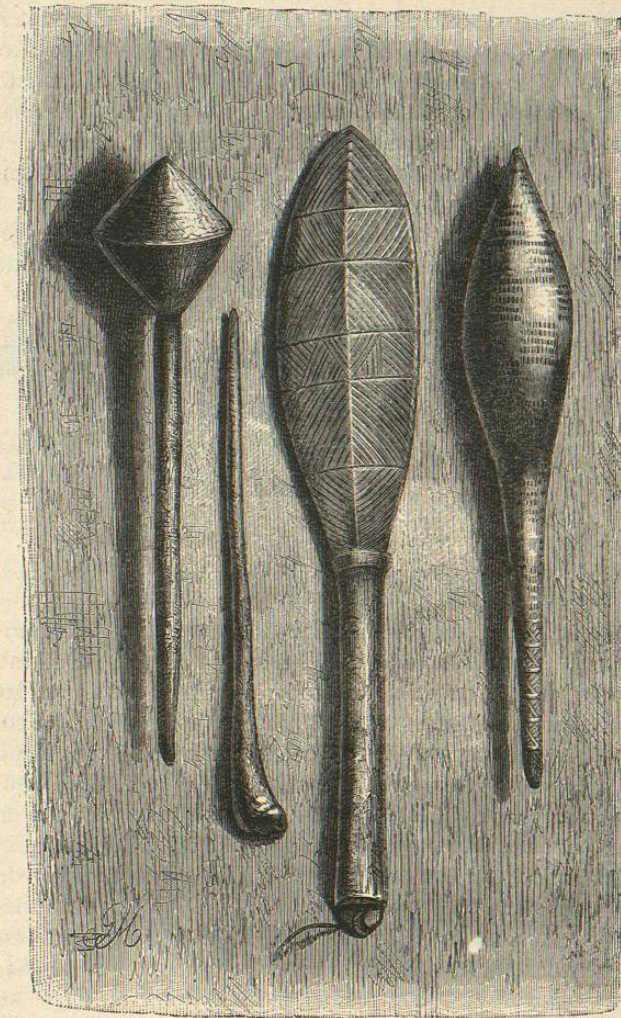
más anchas. En el estrecho del Rey Jorge no son conocidos. El palo escarador (que los sudafricanos denominan *kiatta*) es el término de transición entre las armas y los instrumentos: consiste en un garrote de 1 y $\frac{1}{8}$ metro de largo y del grueso del puño, con cuyo extremo más grueso y afilado y endurecido al fuego arrancan raíces las mujeres que no se separan nunca de él. Este palo, como es natural, puede también servir de arma. En el Oeste son de gran utilidad un instrumento de madera muy parecido á una hortera para carne, la azada, la cesta y el plato.

una caverna delante de la cual encienden siempre un gran fuego. Antes de la llegada de los europeos, ningún país tenía, de seguro, tantos trogloditas como Nueva Gales del Sud. En la costa oriental del golfo Vicente, hay casas cuyos techos descansan sobre estacas. En aquellos lugares en que los indígenas suelen permanecer largo tiempo á causa de la temporal abundancia de ciertos alimentos, se construyen cabañas permanentes que son habitadas durante algunos meses del año y están desocupadas el resto de éste. En la Australia central especialmente, el número de estas cabañas es considerable, lo cual unido á la multitud de senderos hace que la comarca parezca más habitada de lo que es en realidad. Algunos viajeros, como por ejemplo Stuart en el Darling, han encontrado aldeas de estas abandonadas compuestas de 70 cabañas. Por regla general los grupos de éstas sólo se componen de 10 á 20. La forma de tales cabañas varía según los lugares: en la Australia oriental y en la central consisten en una especie de techo puntiagudo que descansa sobre la tierra de 4 metros de longitud por 2 de anchura y sumamente bajo, formado con ramas entrelazadas cubiertas con cortezas de eucalipto, y abierto por un lado. En la Australia occidental, tiene una abertura arqueada de un metro de alta y tan estrecha que á duras penas puede pasar por ella un hombre. Esta clase de cabañas representa ya un progreso sobre las chozas de efímera construcción, por más que sean estables, del interior, del golfo de Carpentaria y de la bahía de Hannover que están construídas con ramas, troncos y cortezas en forma de colmena y cuya abertura es tan pequeña que sólo puede penetrarse por ella bajándose mucho. Son, además, tan poco espaciaosas que apenas caben en ellas tres personas. Análogas son, según Peron, las chozas del país de Eintracht, cuyos habitantes vivían también en cuevas practicadas con cierta habilidad en la tierra: la entrada de éstas era semicircular; en la parte superior de la bóveda había algunos tragaluces para guardar los víveres y el suelo estaba cubierto de hierbas marinas. Estas chozas estaban aisladas ó agrupadas en pequeñas aldeas en número de 15 ó más y siempre aparecían construídas en puntos abrigados por su misma naturaleza como una duna, una colina ó un bosque. Delante de la entrada, y algunas veces también en el interior, había un hogar (véase el grabado de la pág. 384).

En el Norte y en el Noroeste de Australia se deja sentir la influencia papuana en las cabañas que son más grandes y que están construídas con mayor esmero. Leichhardt encontró en Port Essington cabañas largas y para cada grupo de 10 ó 12 familias un hogar y una habitación separados. Con las cabañas de la altura del hombre, capaces para diez personas, construídas con estacas y pintadas con arcilla, que encontramos en la bahía de Gantheaume, la aldea adquire otro carácter, pierde su accidentalidad y aparece estable, organizada y fortificada. Carron encontró en la bahía de Rockingham una aldea compuesta de 18 á 20 chozas de dos metros de largo y poco más de uno de alto, aseadas y con el suelo cubierto de hierbas secas. En el centro de la aldea había cuatro hogares. Pero lo más notable era que al final de la aldea alzabase una cabaña muy grande de 6 metros de largo, por 4 de alto y 2 de ancho. En su interior se veían armas, un escudo extraño pintado de rojo, espadas, hilos para pescar, etc., todo lo cual hace de ella una casa comunal al estilo melanesio y especialmente nuevo-guineo, una *maree*. Grey vió en las lagunas de Perth algunas chozas de caza para usos transitorios, desde las cuales se mataban aves acuáticas.

El atraso en la navegación es un hecho muy característico para la situación de la mayor parte de la población

australiana, cuyo estancamiento cada día la empobrece y la hace retroceder más. Lo propio que en el Sud de África, una gran parte de los habitantes costaneros no tiene la menor idea de lo que es la navegación. En las costas del Sudoeste y del Oeste ha sido comprobada la falta absoluta de canoas y de todo otro medio de navegación: en la costa Noroeste hay únicamente miserables armadías hechas con ramas de mangle y al Oeste del estrecho de Clarence (isla Melville) no existe, según Stokes, canoa alguna. En los puntos de la mitad meridional de Australia en donde existen

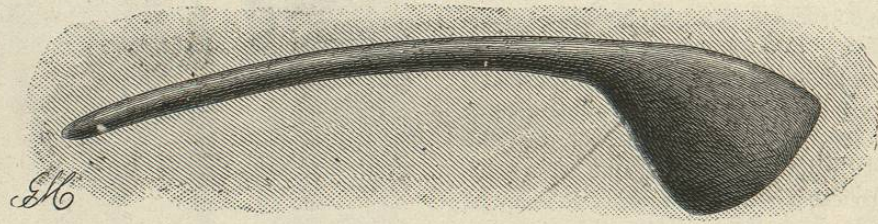


Mazas contundentes y arrojadizas de los australianos (Museo para Etnografía, Berlín.) $\frac{1}{8}$ de su verdadero tamaño

las canoas, éstas son en extremo imperfectas: las de la comarca de Botani-Bay eran miserables y consistían en un trozo de corteza atada por sus dos extremos y separada en el centro por medio de unos pedazos de madera en ella clavados: estas canoas, naturalmente llenas siempre de agua, tenían una longitud de tres á cuatro metros, y en el centro de las mismas ardía constantemente un fuego encendido sobre arcilla que servía para asar en el acto los pescados que se recogían. Hacían las veces de remos unos maderos planos de medio metro de largo, de los cuales el remero llevaba uno en cada mano. En los parajes en donde había poca profundidad de agua, los tripulantes empleaban picas. Los indígenas saben conducir con habilidad y arrojo hasta muchas millas mar adentro estas embarcaciones, cuyo número era tal que Philipp pudo contar en un sitio 20 y en otro hasta 50, colocadas en la playa. Hacia el Norte las canoas eran mejores, á pesar de lo cual en Port Essington la canoa indígena era todavía la canoa de corteza. La construcción de las canoas de corteza se hace en la Australia

del Sud arrancando anchas y largas tiras de corteza de eucalipto y colocándolas en el suelo: al secarse, se les da por los lados y por los extremos la forma que se desea y luego se las ata con cuerdas y se las provee de piedras que sirven de lastre. Estas canoas de corteza ligeras y fácilmente manejables mientras conservan su frescura, comienzan muy pronto a podrirse, de suerte que raras veces duran más de un año (véase el grabado de la pág. 416). En los territorios septentrionales de Nueva Gales del Sud y más hacia el Norte hay también canoas hechas con troncos de árboles ahuecados por medio del fuego: Cook vió en la península de York botes de esta clase de 4 metros de longitud, provistos de una batanga y movidos por remos largos y planos: según Jardine, los malayos introdujeron en las costas septentrionales canoas de 10 metros de largo con dobles batangas que cambiaban por tortugas y trepanges.

No se sabe que los australianos emprendieran en sus embarcaciones largos viajes: que las mismas debieron tener escasa importancia bajo ese concepto nos lo demuestra el hecho de estar deshabitadas la mayor parte de las islas de



Una maza arrojadora de los australianos. (Museo para Etnografía, Berlín) 1/3 de su verdadero tamaño.

por medio de un palo que hace las veces de aguja de trenzar. Estas redes, con las cuales se cogen no sólo peces sino también aves acuáticas, no todas las tribus costaneras las poseen: los indígenas de Port Lincoln, por ejemplo, no conocían ni las redes ni los anzuelos, y pescaban con la mano y con ramas desgarradas en las aguas poco profundas, usando también para ello las lanzas. Los pescados, después de haber sido puestos á secar, se guardan envueltos en cortezas: los australianos comen grandes cantidades de mariscos de agua dulce y salada, pero nunca cocidos, y dejan como hueijas de su paso, especialmente en la Australia del Norte, en sus expediciones exploradoras, grandes montones de conchas de moluscos que recuerdan los *hjökkenmöddingar* de los dinamarqueses.

Los australianos cazan para comérselos, toda clase de mamíferos, desde el kanguro al ratón, y todos los pájaros desde el casoar (emu) hasta los más pequeños reyezuelos. También cazan serpientes y otros reptiles. El sistema de caza más común consiste en aproximarse calladamente á la pieza hasta el momento en que se puede lanzar con seguridad la lanza ó el bumerang. Por regla general se suele para ello distraer la atención del animal haciendo que se presente un hombre en un paraje descubierto ó moviendo ruido, etc., mientras el cazador se va acercando sigilosamente por el lado opuesto. Practicase además la caza de ojeo para los animales mayores como el kanguro, especialmente en invierno cuando el suelo está tan blando que los animales se cansan con facilidad. En las comarcas en que la caza abunda, se sitia por medio del fuego á los animales en algún bosque, gracias á lo cual éstos van á caer necesariamente en manos de los cazadores: para apoderarse de los animales que viven en cuevas, se les asfixia por medio del humo. Con el fin de evitar todo ruido se emplean para la caza varios signos: cada cazador lleva una lanza con un plumero; si lo clava perpendicularmente en el suelo quiere significar que

las costas meridional y oriental por poco separadas que estén del continente. De suerte que la canoa de corteza, que es propiamente la embarcación indígena de los australianos, no les sirvió más que para pescar, pero la presencia del fuego en estas canoas estrechas y vacilantes quizás permite suponer un tiempo anterior en que la travesía del mar hacía necesario llevarlo.

Si prescindimos de los territorios del Norte, en donde predomina la influencia malaya, la pesca con anzuelo era en los primitivos tiempos cosa desconocida para los australianos, quienes, sin embargo, se familiarizaron rápidamente con ella, como se ve, por ejemplo, en la Australia del Sud. En cambio conocían la lanza de pescar, de 4 metros de longitud y provista de una punta de hueso, que no faltaba en ninguna canoa pescadora, y conocían asimismo la red que fabricaban con briznas de una especie de musgo ó con raíces de juncos, entrelazándolos de la misma manera que suelen hacerse entre nosotros las redes de pescar. Las mujeres mascan los materiales que han de ser entrelazados para hacerlos más flexibles y los hombres proceden al entrelazado

hay por allí una pieza oculta para cuya caza necesita del concurso de sus compañeros: mover rápidamente el dedo índice indica la presencia de un kanguro; tres dedos estirados y el de en medio algo inclinado denotan la de un emu; el pulgar tieso significa la de un opossum y finalmente extender la mano en filo indica pesca. Los indígenas tienen muy bien estudiadas las épocas más favorables para la caza de cada animal, y así por ejemplo no les gusta cazar á la luz de la luna. Los perros son de poca utilidad á los australianos para la caza, pues ni husmean bien, ni saben traer la caza herida, ni pueden seguir al kanguro ó al emu, teniendo por lo tanto los cazadores que hacer el trabajo principal. Estos, además, procuran fortalecerse por medio de palabras mágicas heredadas del tiempo de sus primeros padres que en la mayoría de los casos ni ellos mismos entienden, y que pronuncian entre dientes cuando persiguen á algún animal, creyendo que tienen fuerza para debilitar á éste ó para impedirle que llegue á su guarida. Esas palabras sólo los hombres adultos las conocen, y ellos solos saben también las reglas, generalmente expresadas en refranes, que se refieren al reparto y aprovechamiento del botín de caza. Entre las tribus de Port Lincoln presiden sobre este particular las siguientes reglas: los animales machos crecidos se los comen los hombres, las hembras crecidas las mujeres y los animales jóvenes los jóvenes. Unicamente el kanguro rata puede ser comido indistintamente por todos. Las mujeres y los jóvenes no pueden comer el wallaby ni las dos especies de bandikuts, porque si los comieran se anticiparía en aquéllas, con perjuicio de su salud, la menstruación regular y la barba de éstos en vez del negro brillante favorito tendría un color pálido. En cambio á las muchachas se les hace comer lagartos porque favorecen el desarrollo y á las mujeres se les dan serpientes que se consideran favorables para la fecundidad. Como tantas otras «costumbres de los antepasados», han perdido estas una gran parte de la consideración de que an-

tes gozaban. Los perros, que en un principio eran puramente dingos y que recientemente se han cruzado con castas europeas, están muy bien cuidados, los cachorros son á menudo amamantados por las mujeres, y su carne constituye uno de los alimentos de aquellos pueblos.

Como la Australia nunca ha sido tan rica en caza como la América del Norte y como las armas de los australianos distan mucho de ser perfectas, la caza exige no pocos esfuerzos y privaciones y contribuye poderosamente á aquellos frecuentes cambios de lugar que tan pernicioso influencia han ejercido en el estado general de la cultura de Australia. La caza es más difícil que en ninguna otra en la época del calor y de la sequía que es cuando precisamente se hace más necesaria por escasear durante ella más que nunca todos los alimentos vegetales.

Los australianos dividen la alimentación en animal y vegetal (*paru* y *mai* de los sudafricanos) prefiriendo mucho más la primera que la segunda, á pesar de lo cual se ven obligados en gran parte, por las circunstancias, á contentarse con ésta. La carencia absoluta de conocimientos en alfarería hace que la preparación de los manjares esté reducida á muy estrechos límites. La cocción en agua caliente es completamente desconocida y en aquellos puntos en que, como en el extremo Norte, aparecen cacharos para guisar, puede afirmarse que han sido importados. Los pucheros y las escudillas de conchas de mariscos, de cráneos humanos embreados con resina, de conchas de tortugas, así como las botellas de piel de animales pequeños, no pueden ser puestos al fuego. El sistema más generalmente seguido para preparar la carne consiste en asarla á fuego libre ó sobre carbones, siendo también conocida la costumbre polinesia de exponerla al vapor de hoyos practicados en el suelo y calentados, costumbre que ya Cook equiparó á la de los taitianos. Estos hoyos eran, en los territorios del alto Glenelg, circulares y pavimentados y pertenecían en común á toda la tribu: Kennedy y sus compañeros encontraron en el centro de una aldea de la bahía de Rockingham, compuesta de 18 ó 20 chozas, cuatro grandes agujeros de esta clase, es decir agujeros en cierto modo comunales. En las comarcas del Sud este procedimiento es más sencillo y más tosco, pues consiste en encender un gran fuego al cual se arrojan piedras del tamaño de la mano; luego se practica al lado un agujero en el suelo en cuyo fondo se enciende una hoguera, sobre cuyos carbones se colocan aquellas piedras de modo que el orificio queda pavimentado: sobre este pavimento se pone hierba, sobre ésta la carne que se ha de cocer al vapor y encima más hierba, piedras calientes y tierra, con lo cual se llena el agujero. Algunas veces, en este orificio calentador se practica con un palo un agujero por el cual se hace llegar agua á las piedras de la capa inferior, para producir mayor cantidad de vapor. Después de comer la carne se toman los postres, que consisten en frutos y raíces comestibles. Los australianos son en extremo aficionados á los dulces y comen la miel de las flores de una *Banksia* y de una *Xanthorrhæa* (árbol herbáceo) y la goma de un eucalipto (*Peppermint Gum*) parecido al maná, con la cual hacen una bebida dulce mezclándola simplemente con agua. La goma de eucalipto y de otras plantas constituía, en otro tiempo, una sustancia alimenticia de gran importancia entre las tribus del actual territorio de Adelaida.

Se equivocan los que afirman que los australianos comen todo lo que es comestible, pues lo cierto es que desprecian muchas cosas que todos los europeos comen, como por ejemplo ciertos pescados, crustáceos y setas. Es, sin embargo, positivo que los indígenas australianos no sienten repug-

nancia alguna en comer gusanos, huevos podridos y el contenido de los intestinos de los animales que cazan, y aun del mismo reino vegetal sacan una porción de alimentos que nosotros despreciaríamos ya por su desagradable sabor, ya por poco nutritivos. Que en este terreno no han descendido, sin embargo, tanto como á menudo se ha dado en suponer, demuéstalo el hecho de que un observador tan fiel como Schürmann no vió comer á los australianos de Port Lincoln más que una raíz cruda, á saber la de la *Xanthorrhæa*, pues todas las demás las tostaban y las pelaban. Muchas frutas se recogen antes de alcanzar su madurez y se comen tostándolas después al fuego. En la Australia del Sud el principal fruto alimenticio es el llamado *karkalla* y por los blancos cara de puerco, que produce un árbol de la familia de los cactus, y que se come en gran cantidad desde que comienza el mes de enero hasta que termina el verano australiano. Los hombres comen esta fruta durante todo el día y las mujeres llevan además grandes provisiones de ella, que luego se devoran por la noche junto al hogar. Una de las frutas predilectas en los territorios septentrionales es una especie de judía llamada *rondo* que crece en abundancia especialmente en las colinas de arena de la bahía de Sleaford y que anualmente lleva á éstas un gran número de visitantes, siendo por regla general causa de reñidas contiendas.

La influencia que la alimentación ejerce en el problema de la densidad de población, del que ya nos hemos ocupado, es extraordinaria. Los niños australianos no pueden, antes de tener la mayor parte de sus dientes, mascar las raíces y bayas duras que constituyen el principal alimento de sus padres. La agricultura y la ganadería ofrecen mayores medios de alimentación para ellos, razón por la cual la mortalidad excesiva de niños australianos, que esto explica en parte, resultaría incomprensible entre los cafres.

Pocas son las noticias que poseemos acerca de los placeres de que disfrutaban los australianos. Ya hemos visto que éstos beben un agua azucarada con miel, lo cual no dista mucho de las bebidas fermentadas. A pesar de esto, en muchos puntos de Australia no vieron los europeos que los indígenas usaran las bebidas espirituosas: de éstas, sólo hay un dato concreto acerca de una bebida preparada con miel, y este dato es el que nos suministra Braim al decirnos que los indígenas de Nueva Gales del Sud beben un vino de miel. Tampoco puede decirse con certeza que conocieran el uso del tabaco antes de la llegada de los europeos; sin embargo hay que creer, por lo menos en lo que se refiere al Norte, que no les era del todo desconocido, fundándose esta creencia en la descripción que hacen Yukes y Macgillivray acerca del modo de fumar de los indígenas de Cabo York, los cuales llenan de humo de tabaco una caña de bambú de 2 ó 3 metros de largo y del grueso del brazo, en el que van chupando uno tras otro los individuos del grupo. Antigamente se fumaban allí las hojas de una *Eugenia*. Es indudable que los indígenas mascaban ó fumaban ó sorbían algunas partes de plantas narcóticas, pues así lo dicen observadores como Cook, Gregory y Salvado: lo que no se conocían eran las plantas de donde se sacaban. Por vez primera describe Schomburgk, director del Jardín botánico sudafricano de Adelaida, en su memoria anual correspondiente al año 1881, una materia narcótica á cuyo uso se entregaban en alto grado los indígenas de Australia, á saber las hojas de una planta, *Duboisia Pituri*, que crece en el interior del país: estas hojas fumadas ó mascadas cuando están secas, poseen propiedades muy parecidas á las del opio y del tabaco y ocupan por sus efectos un lugar intermedio entre el uno y el otro, siendo un importante artículo de comercio para los pueblos en cuyos territorios prosperan. Esta es, según